

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Jordi Castanyer, monje de Montserrat
24 de agosto de 2008

Queridos hermanos y hermanas: del texto evangélico de hoy, importante para el nacimiento de la Iglesia y también, pues, para nosotros, para la Iglesia actual, quiero subrayar diversos aspectos.

El pasaje se inicia con dos preguntas de Jesús a los discípulos; la que realmente le interesa, a Jesús, claro está, es la segunda. Porque no cuesta mucho, y sobre todo no compromete en nada, decir lo que piensan los otros sobre alguien, en este caso sobre Jesús mismo. ¿Qué dice la gente? ¿Quién dicen que es? Me imagino a los discípulos atropellarse en las respuestas. Nosotros lo haríamos de forma parecida. Y Jesús, que ya debió preverlo, prescindiendo de lo que dicen que dicen los otros, les suelta: *¿y vosotros, quién decís que soy yo?* Ahora, más bien me imagino silencio; se tienen que mojar, que diríamos en un tono popular; se trata ya no de decir qué piensan los otros sino qué pienso yo, qué piensas tú; ¿quién es Jesús? ¿tú, quién dices que es? De ninguna manera podemos esquivar esta pregunta que Jesús nos hace a cada uno, y no una sola vez para siempre, sino continuamente, en las diversas etapas de nuestra vida: y yo, ¿quién digo que es Jesús?

Es Pedro quien, como en otras ocasiones, responde a la interpelación de Jesús; lo hace, muy probablemente -o al menos ésta es la intención que señalan el evangelista y la primera comunidad eclesial-, en nombre de todos, en nombre de los Doce: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*. Bien se irán dando cuenta, Pedro y los otros discípulos, que esta respuesta, no salida puramente de la carne y de la sangre sino de más arriba, habrá que ir haciéndola vida, testimoniarla; que no es en absoluto suficiente ir diciendo "Señor, Señor...", que seguir a Jesús, ser discípulo, no es en absoluto llenarlo de alabanzas o halagarlo servilmente sino pasar por donde él ha pasado, andar por donde él ha dejado sus huellas.

Volvemos, pues, a la pregunta, ahora que ya sabemos que es muy personal: y yo ¿quién digo que es Jesús? Y ahora hay que decir que no bastará -a pesar de ser buena y necesaria- una respuesta bien aprendida del catecismo; habrá que responder con la vida. Y tú, y yo, con nuestra manera de vivir, ¿quién estamos diciendo que es, para nosotros, Jesús? No fuera que con los labios dijéramos que es el Mesías, el Salvador, el Hijo de Dios, la Luz, la Verdad, el Camino, la Vida, el buen Pastor, el Mediador -el único mediador-, el amigo de los pobres, el que se ha hecho pobre ... pero que nuestro comportamiento, nuestra manera de actuar en los diversos ámbitos de nuestra vida, contradijera estas afirmaciones tan juiciosas; en una palabra seríamos, somos a veces, falsos testigos: afirmamos una cosa pero hacemos otra; decimos que Jesús es el Mesías, el salvador, pero ponemos nuestra confianza, nuestra seguridad y nuestras estrategias en cosas y actitudes banales y huidizas, por no decir claramente no cristianas, no evangélicas.

La pregunta es personal, pues, y la respuesta tiene que ser vital. Ahora quiero añadir que, además de personal, también es colectiva. La fe, en efecto, es un compromiso personal, pero la vivimos eclesialmente, comunitariamente. Por eso también me parece pertinente preguntarnos: nuestras comunidades, la mía, la tuya, la que formamos como parroquia, la iglesia en general, ¿qué decimos de Jesús? ¿quién decimos que es? Claro está, no quien decimos que es con las declaraciones y los documentos, bien elaborados y que son necesarios, sino con la manera de hacer. Si decimos con los labios, por ejemplo, que Jesús es misericordioso pero no lo decimos con la vida, sino que a veces condenamos o excluimos con demasiada facilidad, si nos llenamos la boca de frases sobre la sencillez de Jesús, su amor en los pobres e

indefensos del tipo que sean pero nosotros estamos preocupados por mil cosas superfluas, damos pie a pensar que aquello que decimos, y que decimos que hay que creer, no es verdad.

La respuesta de Pedro mereció de parte de Jesús un elogio en forma de bienaventuranza: *¡dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre del cielo.* ¡Dichoso! La fe de Pedro, afirmada con los labios y confirmada con la vida, es fuente de gozo. Seguir a Jesús, afirmar de palabra y con hechos que Jesús es el Mesías, el salvador, es fuente de gozo. ¿Estamos contentos, hermanos, de ser cristianos, de formar parte de la Iglesia de los discípulos de Jesús? Y mereció también, la respuesta de Pedro, que fuera confirmado como piedra sobre la cual sería edificada la Iglesia. ¿Puede ser Pedro esta roca firme? Por lo que leemos en los evangelios y en el libro de los Hechos de los Apóstoles, tiene ciertamente cualidades: liderazgo, amor incondicional a Jesucristo, decisión ...; pero también tiene limitaciones: inseguro, presuntuoso, contradictorio, violento (es él quien cortó la oreja a Malco), a veces cobarde ... No, la roca es Cristo; él es la piedra angular que había sido rechazada, como diría Pedro mismo en uno de los discursos ante el sanedrín y como repite en una de sus cartas. Pero Pedro, con su debilidad, fue designado signo visible de este fundamento sólido que es Jesucristo. Jesús tendrá que rogar para que no desfallezca la fe de Pedro y pueda confirmar a sus hermanos. De hecho Pedro tendrá que oír decir nuevamente a Jesús que es también, a veces, piedra de tropezar; lo oiremos el domingo próximo. Pero por la experiencia de Pascua y con la fuerza del Espíritu su fe irá madurando. Tampoco la fe vivida de los sucesores de Pedro, el obispo de Roma y los demás obispos, ha sido siempre lo bastante madura y ejemplar, pero no es la fe concreta de unas personas la que salva, afirma la Iglesia, sino la presencia de Jesucristo y su Espíritu, que también ahora tienen que confirmar en la fe a nuestros obispos, fundamentos visibles de la unidad y de la caridad de la Iglesia; por eso en cada Eucaristía recordamos al obispo de Roma y al de nuestra diócesis para que los fortalezca en la fe y en la caridad. Amémoslos, pues, a nuestros obispos, con sus virtudes y sus debilidades; sintámonos en comunión y ayudémosles, si hace falta con nuestras sugerencias o nuestras críticas, a llevar a cabo su misión de guías.

Ahora, juntos, proclamaremos nuestra fe; lo haremos con los labios; hagámoslo también con la vida.